

que desprecian con un corazón elevado y huellan con un pié desdeñoso todos los ídolos del siglo. Estos santos ¿quién los produce? El cristianismo verdadero, el cristianismo de la Iglesia católica: no el cristianismo falso, el cual al mismo tiempo que conserva el nombre del Cristo, da la mano derecha á Mahoma y la izquierda á Zoroástrés; cristianismo adúltero, en el que Confucio y Bouddha tienen su rango jerárquico al lado de Jesucristo.

Es hora ya de que se haga el discernimiento entre este cristianismo verdadero y ese cristianismo falso; es hora ya de que se sepa donde están los verdaderos cristianos, que se los reconozca á esta señal, la *santidad*, y que del mismo modo que san Pablo decía á los primeros cristianos: A los santos que están en Corinto, á los santos que están en Roma, á los santos que están en Tesalónica, podamos nosotros decir también al enviaros la palabra de Jesucristo: A los santos que están en Francia, á los santos que están en París.

Rompamos con ese cristianismo blasfemo, en el que puede negarse la divinidad de Jesucristo sin apostatar de la religión de Jesucristo. Rompamos con ese cristianismo impuro, en el que pueden satisfacerse las pasiones sin renegar prácticamente de la moral de Jesucristo; yo iba á decir con ese cristianismo cruel, en el que puede uno meditar el asesinato de sus hermanos sin mentir á la fraternidad de Jesucristo. Rompamos por fin con ese cristianismo, en el que Jesucristo Dios-Hombre ya no es ni el ideal, ni la vida, ni la acción de los cristianos, y es por siempre impotente para producir con la santidad el verdadero progreso moral. Ha llegado la hora de escoger entre el cristianismo verdadero y ese cristianismo falso: escoged pues; el uno es la decadencia, el otro es el progreso.

CONFERENCIA SEGUNDA.

LOS SANTOS, HOMBRES DEL PROGRESO.

EMINENTÍSIMO SEÑOR,

El cristianismo verdadero tiene un carácter que le distingue, una señal que le hace reconocer en todos lugares: la santidad, el poder indefectible de producir santos. La santidad es el ideal del cristianismo; la santidad es la vida íntima del cristianismo; la santidad es el grande milagro de la historia del cristianismo. El ideal del cristianismo es Jesucristo Nuestro Señor, es decir, la santidad divina en persona que se ofrece á nuestras miradas bajo una forma humana, y grabando así en el alma del cristiano con su propia imagen la efigie de la santidad, la santidad misma. La vida íntima del cristianismo es también Jesucristo, pero Jesucristo viviendo en el cristiano, y por consiguiente la vida misma de Dios comunicada al hombre por el Hombre-Dios mediador.

Ahora bien, la necesidad íntima de esta vida divina constituida en nosotros por Jesucristo viviendo en nosotros, es todo lo que es perfecto como Dios, santo como Jesucristo; y de ahí nace en los verdaderos cristianos la necesidad de ser santos.

La historia del verdadero cristiano es todavía Jesucristo, pero Jesucristo dilatándose por los espacios y los siglos, y manifestando su vida por la acción de los cristianos.

Tal es el cristianismo: visto bajo todas sus grandes faces nos descubre el mismo carácter, la santidad, siempre la santidad. Pueden algunos cerrar los ojos por no ver este grande prodigio, como pueden cerrarlos por no ver el sol; pueden hacer tentativas para cubrir con un velo su esplendor; pero él permanece, y sigue cerniéndose por

encima de la region de las preocupaciones con su inalterable brillo é inviolable majestad.

Esta verdad, Señores, tiene un interes inmenso en el asunto de que tratamos; porque si es cierto que el cristianismo es la santidad, lo es igualmente que la santidad es el Progreso, el grande impulso dado al progreso moral, y por consiguiente á todos los otros progresos.

¿Habeis meditado alguna vez este proceder tan divinamente sencillo, empleado por Jesucristo para reformar el mundo é inaugurar el progreso de las naciones? Jesucristo pide desde luego al hombre una sola cosa, su propia perfeccion : *estote perfecti*. No le pide la perfeccion en la ciencia, la perfeccion en las artes, la perfeccion en la legislacion, la perfeccion en el bien estar. No dice : Haced progresos científicos, progresos artísticos, progresos literarios, progresos materiales, progresos sociales; dice sí : Haced progresos *humanos*, hacéos hombres perfectos. Hacer á los hombres perfectos, rehaciéndolos á la imágen de Dios y volviéndolos otra vez á su fin, era la suprema mision del divino reformador y es la preocupacion que domina toda su vida, y casi llegariais á creer que olvida ó mira con desden todo lo demas. Sin embargo, cuando dejaba en un olvido aparente todos los otros progresos que proclaman y predicen desde luego todos los reformadores humanos, Jesucristo, como veremos en su lugar, preparaba de antemano sus gérmenes fecundos y su realizacion dichosa en el progreso del hombre mismo. *Quærite primum regnum Dei, et hæc omnia adjicientur vobis*. Haced progresos en vosotros mismos, y haréis verdaderos progresos en la ciencia, verdaderos progresos en las artes, verdaderos progresos en la legislacion, progresos en fin en todo lo que es verdadero, bello, bueno, útil, saludable, y todo marchará con una grandeza y armonía siempre creciente hácia el fin supremo de la creacion.

Así concibió este divino Arquitecto y construyó divinamente el edificio del Progreso : puso la santidad á la base, al centro, y á la parte superior, por que para él este edificio es un templo en el que él mismo está en todas partes, y cuyas piedras vivas son los hombres perfectos.

Ahora bien, obrando así, hizo Jesucristo una cosa decisiva para los destinos del mundo, pues colocó á los santos al frente del progreso : verdad elemental muy olvidada en nuestros dias, que procuraré des-

envolver con toda claridad haciendo ver en este discurso, que los santos son los verdaderos promotores, los verdaderos jefes del progreso humano.

¿Quién sabe si esta afirmacion inesperada causará admiracion á cierta clase de hombres? En un siglo en que se cuenta tan poco con los santos en la marcha de nuestros destinos, se hallará casi nueva una idea tan antigua en el cristianismo. Sé muy bien que esta verdad no tiene en nuestros dias la popularidad universal que la acompañó en otros siglos; pero nunca toman mis palabras su fuerza de la popularidad, sino de la verdad. Si necesario fuera para salvaros decir la verdad impopular, os la diria sin hesitar un momento. Pero, Señores, yo aprendo todos los dias á conoceros mas, y estoy persuadido que al momento que os haga ver esta verdad, la acogeréis todos, no como una verdad impopular, sino como una verdad simpática.

Sí, Señores, los santos son en la tierra los verdaderos conductores del progreso de la humanidad. La razon que doy, y cuyo desenvolvimiento formará este discurso, es la siguiente : los santos son en sí mismos los hombres mas realmente progresivos; y comunicándose á la humanidad, que los rodea, el movimiento que se los lleva, vienen á ser por la fuerza de las cosas el grande impulso del progreso en el mundo.

I.

Y en primer lugar ¿por qué á los santos debe llamárseles los hombres mas progresivos? Porque ellos son realmente los mas grandes hombres de la humanidad, y porque su grandeza es una grandeza en el órden.

Podria yo decir aquí, que los santos como tales no son extraños á ninguna de las grandezas que pueden ilustrar á los hombres, porque ellos no se hallan fatalmente desheredados de los dones que la Providencia derrama, tanto sobre las almas de los buenos como sobre las almas de los malos; y aunque el talento no va unido necesariamente á la santidad, tampoco está separado necesariamente de ella. Ahora bien, cuando Dios enciende en el alma de los santos esa llama invisible que se llama talento, hé aquí lo que ordinariamente sucede. Los san-

tos producen las mas bellas obras del hombre. Ellos llegan á ser los mas grandes, aun en aquello que no constituye la originalidad de su grandeza : los mas grandes filósofos si son filósofos, los mas grandes artistas si son artistas, los mas grandes políticos si son hombres políticos, los mas grandes capitanes si son capitanes, y si son reyes los mas grandes reyes.

¿Y por qué? ¿De dónde les viene á los santos esa grandeza eminente, esa incontestable superioridad? Les viene de que, suponiendo el talento igual, los santos tienen mas que todos los otros el instinto de lo verdadero que constituye los grandes filósofos, el sentido de lo bello que hace los grandes artistas, el genio del orden que hace los mas grandes políticos, el afecto á la patria que hace los grandes héroes, el amor de los pueblos que hace los mejores reyes, la pasión del sacrificio que hace los mas grandes bienhechores de la humanidad y los verdaderos salvadores de las naciones.

De la union del talento y de la santidad en el filósofo nace la mas alta filosofía; y esta filosofía se llama san Agustin ó santo Tomas de Aquino. De la union del talento y de la santidad en el orador nace la elocuencia mas poderosa, y esta elocuencia se llama san Bernardo ó san Crisóstomo. De la union del talento y de la santidad nace en los artistas el arte mas puro y mas celestial, y este arte se llama Beato Angélico. De la union del talento y de la santidad en los hombres de guerra y de gobierno nacen los mas grandes capitanes y los mas grandes reyes, y estos capitanes y estos reyes se llaman, en España Fernando el Santo, en Inglaterra san Eduardo, y en Francia nuestro incomparable san Luis. En fin, de la union del talento y de la santidad en los hombres que han recibido la vocacion de socorrer y salvar, nacen los salvadores ilustres y los bienhechores mas famosos de la humanidad, y estos salvadores se llaman san Leon ó san Gregorio, los dos apellidados Grandes.

Así pues los santos como tales no son extraños á ninguna verdadera grandeza del hombre, á ningun verdadero progreso del mundo. Ciencia, filosofía, artes, literatura, poesía, elocuencia, industria, economía, legislación, administracion, gobierno, heroismo militar; todo lo que es verdadero, bello, legítimo, grande, se concilia con la santidad, y ha tenido en muchos santos personificaciones ilustres.

Pero, Señores, no es esto lo que á los santos los hace sobre todo hombres del progreso. Hay en los verdaderos santos cierta cosa mas grande que todas esas grandezas, y es su santidad misma. El santo como tal es mas grande que el filósofo, mas grande que el poeta, mas grande que el artista, mas grande que el conquistador, mas grande que el político, mas grande que el legislador, mas grande en fin que todo lo que es del hombre.

Porque la santidad es la perfeccion del hombre mismo, es el mérito personal, es el valor humano engrandecido por la gracia divina. Cuanto mas santo es un hombre, tanto mas se eleva y se perfecciona con el socorro de Dios, tanto mas vale como sér humano, tanto mas hombre es. Las otras grandezas de que acabamos de hablar son atributos, privilegios, prerogativas, ornamentos del hombre; pero la santidad es el hombre mismo, el hombre grande por su verdadera grandeza, el hombre cubierto de su mas alta majestad.

Sí, Señores, esta es la verdadera majestad de estos reyes de la humanidad, la santidad misma : con ella constituyen aquella aristocracia que los eleva mas alto que el nivel de nuestra humanidad, porque por ella y solo por ella son los mejores de los hombres, los hombres verdaderamente grandes.

En un lenguaje consagrado por un uso que no pretendo vituperar, los hombres ilustrados por la ciencia, la palabra, el arte, la literatura, la conquista, la gobernacion, son llamados grandes hombres. Para llamarlos bien debiera tal vez decirse : Son grandes pensadores, grandes filósofos, grandes artistas, grandes oradores, grandes conquistadores, grandes políticos; porque puede ser uno lo que ellos son, y no llevar en sí la verdadera majestad del hombre. Hay muchos hombres á quienes se saluda con el nombre de grandes, los que en el punto de vista de nuestra verdadera grandeza serian pequeños; porque el talento se tiene poco en cuenta en esta balanza en la que se pesan los hombres por su propio peso; y piense lo que quiera la poesía, la verdad no dirá jamas que el talento sea una de nuestras virtudes.

Por consiguiente, el hombre verdaderamente grande es el santo, porque el santo es grande por su grandeza personal : él es el mas magnánimo, el mas desinteresado, el que tiene mas abnegacion, el mas caritativo, el mas intrépido, el mas sufrido, el mas valeroso, el

mas apacible, el mejor en todas maneras, el mas parecido á Dios, y si puedo decirlo, el hombre mas grande que el hombre, el hombre mas divino.

Ved si no como todas las almas grandes descubren en la santidad esta grandeza original. Cuando ellas se hallan en presencia de un verdadero santo, la necesidad de respetar que sienten en sí mismas las advierte que han tenido contacto con una majestad mas venerable que todo lo que se respeta en el hombre. La grandeza en los santos se percibe del mismo modo con que se percibe la nobleza en una raza ilustre. Hasta su rostro se penetra, sin que ellos lo adviertan, del reflejo de aquella grandeza que la santidad les da en el fondo de su alma. El rostro de los santos es un espectáculo en el que su grandeza se descubre ella misma á todas las miradas; su fisonomía no se parece á ninguna otra, y tiene una belleza, una armonía, una majestad que los pueblos del paganismo no le conocieron jamas, y por lo que toca al arte, tiene consecuencias que tal vez examinaremos mas tarde. Y esta es la razon por que los artistas que han conservado, no diré el sentimiento del cristianismo puro, sino el de la grandeza humana, se sienten atraídos por un embeleso inagotable hácia aquellas incomparables figuras: ellos ven pasar sobre aquellos rostros los mas bellos reflejos del ideal que ellos mismos persiguen, y al pintar la fisonomía de los santos sienten no sé, qué elevaciones que trasfiguran su arte y trasforman á veces hasta su propio corazon.

Y lo que decimos aquí de la grandeza de los santos, de la cual su fisonomía no es mas que un reflejo visible, debe decirse de todos los santos, cualquiera que sea la perspectiva que les dé el tiempo con respecto á nosotros. He oido decir que escritores disertos, mas ingeniosos de lo que debieran en describir los matices, hacen distincion entre los santos antiguos y los santos modernos. Los santos del cristianismo primitivo y hasta los santos de la edad media tienen grandeza, y se ofrecen á nuestras miradas con cierta majestad; aquellos santos á la antigua *son estatuas altas soberbiamente colocadas, representacion del lado ideal y divino de la naturaleza humana*. Pero los santos de los tiempos modernos han cambiado mucho: ellos tienen, segun parece, un aire *cenceño, mezquino, insignificante*, y (perdonadme la expresion, que no hago mas que repetir) tienen el aire *muy estrecho*.

Tal es la linea profunda que separa los santos mas distantes, de los santos mas cercanos á nosotros.

Tal vez podria yo preguntar á mi turno con un poco de razon cuál es la majestad de los modernos Platones y de los modernos Sócrates envueltos en su manto filosófico en el siglo décimonono, que hacen estas reflexiones profundas. Ellos no llevan en la frente una auréola de antigüedad para aumentar mis respetos; pero no por esto los estimo ménos, pues no es culpa suya si yo no puedo mirarlos al traves de veinticuatro siglos: tal vez Sócrates y Platon marchando delante de nosotros en el siglo décimonono no harian mas grande figura. Pero entónces ¿por qué complacerse en rebajar tanto la fisonomía de los santos modernos? No hay duda en que la figura de los santos toma de los siglos remotos un prestigio que los engrandece segun la opinion popular; y comprendo muy bien que delante de los hombres, que ánte todo quieren ser literatos y artistas, los santos modernos se presenten con ménos majestad que san Pablo ante el Areopago. Pero por lo que toca á la grandeza de los santos, esto no es mas que un punto de vista puramente estético; y sería rebajar mucho la divinidad del asunto discutir aquí estas frívolas curiosidades. Vistos con la luz de la fe y aun con la de la simple razon, y puestos delante de la cuestion que nos ocupa, los santos, antiguos ó modernos, canonizados quince siglos atras ó canonizados ayer, son siempre santos, es decir, la humanidad engrandecida, el hombre elevado mas alto que su naturaleza.

Que el hombre de la literatura y de la arqueologia, con motivo de las necesidades de su arte y de su profesion, se muestre ingenioso en disminuir ó aumentar á medida de sus deseos la fisonomía de los santos; que los halle magníficos, trapeados á la antigua, y miserables vestidos á la moderna, puede esto darme pena, pero no causarme admiracion. A ese hombre le falta un sentimiento, el sentimiento de la grandeza de los santos: él los ve por la superficie, pero su fondo se le escapa, y su vida es para él un misterio.

Afortunadamente no falta á los pueblos cristianos este sentimiento de la grandeza de los santos; pues de cualquier distancia que ellos los miren, de léjos ó de cerca, les hallan siempre la misma auréola, y les guardan los mismos respetos. Los santos de todos los siglos se les apa-

recen invariablemente como los mas grandes hombres de la historia, dignos de elevar consigo mismos la humanidad entera comunicándole su propio engrandecimiento.

Pero en el punto de vista en que nos hallamos, no consiste todo en hacerse grande : para ser uno verdaderamente *progresivo* es necesario hacerse grande en el sentido del destino; es necesario llevar la grandeza en sí mismo, pero la grandeza en el orden.

Las otras grandezas que puede el hombre realizar en sí mismo, no son grandezas esencialmente progresivas, porque no son necesariamente coordinadas con respecto al fin.

La grandeza en el pensamiento, la grandeza en el arte, la grandeza en la conquista, la grandeza en el talento, todo puede desviar y muy á menudo desvía de su fin legitimo, y con esas desviaciones de la ciencia, de la conquista y del talento retrograda la humanidad, y recibe heridas profundas de aquellos á quienes saluda como á sus grandes hombres. Sabios, artistas, literatos, políticos, conquistadores, todos la hieren con el arma que el talento pone en su mano; y la humanidad pasa al traves de la historia, cubierta de las cicatrices que la gloria de los hombres ilustres le deja durante muchos siglos.

Pues bien, Señores, hé aquí una grandeza que á la humanidad no le ha hecho jamas retrogradar un paso, y esta es la grandeza de los santos : hé aquí una ilustracion que no ha infligido á la humanidad ninguna cicatriz, y es la ilustracion de los santos. ¡Y por qué? ¡Ah! porque la ilustracion de los santos es una ilustracion legitima; porque la grandeza de los santos es una grandeza ordenada. La santidad es por esencia el hombre en la plenitud del orden, y por consiguiente en la plenitud de la perfeccion. La santidad no puede desviar; pues si desvía, ya no es el orden, ya no es la santidad. La santidad es un engrandecimiento del hombre, pero un engrandecimiento en el sentido del destino : es una elevacion y una marcha de la vida; una elevacion de la vida en sí misma, una marcha de la vida hácia su fin.

Esto, Señores, si no mirais mas que la superficie, puede pareceros cosa de poca monta, y sin embargo en esto consiste todo. Si el progreso es para nosotros un enigma, un misterio, una falsedad, es porque no entendemos bastante esta armonía de cosas, tan sencilla y no obstante tan profunda. El progreso es un paso hácia adelante, y un

paso hácia adelante es un paso hácia el fin, como hicimos ver dos años atras.

Señores, en este crepúsculo de las inteligencias que han formado en derredor de nosotros las sombras de tantos sistemas y las tinieblas de tantos errores, ¡ah! os ruego que no perdais de vista esta pura estrella del último fin, única que os hace conocer la marcha de los siglos, como la estrella polar os hace conocer el movimiento de los soles que marchan por los cielos. Marchar en el orden para llegar á vuestro fin y reposaros en Dios, de la misma manera que este brillante ejército que se mueve en los campos del espacio para cumplir su destino, sí, esta es la ley del progreso.

Vosotros habeis admitido esta definicion del progreso : *Una libre gravitacion de la humanidad hácia Dios*. En este movimiento voluntario y libre, con el cual el hombre secundado por el soplo de la gracia se mueve hácia el centro que le atrae, cuanto mas sigue la humanidad el camino recto, tanto mas bella es su armonía y rápido su progreso. El camino del verdadero progreso es la línea recta que va de la humanidad á Dios. Todos los sistemas no harán cambiar esta geometría que se descubre hasta en el fondo de la moral, y que sostiene como una base eterna todo el edificio del progreso : el progreso es la línea recta de la humanidad.

Ahora bien, los santos, precisamente porque son santos, son esencialmente los hombres de la línea recta, y su vida es un vuelo rápido hácia el fin. Aun cuando se tuercen para dar vuelta á una dificultad, no por esto se desvían, pues son los únicos hombres que ignoran los *desvios*. ¡Cuántos sabios se desvían, cuántos artistas se desvían, cuántos conquistadores se desvían, cuántos políticos se desvían de la rectitud que conduce á Dios el hombre criado para llegar á Dios!... Los santos no se desvían jamas; jamas se apartan de su camino, y el camino que siguen los santos es aquel por donde pasa toda vida que busca á Dios; camino real del progreso, en donde la vida no puede reular sin ser retrógrada, ni puede avanzar sin ser progresiva; camino ascendente pero recto, trazado al hombre por el dedo del Criador á traves de los abismos de la creacion, que no se puede abandonar enteramente sin ir rodando de caida en caida hasta el infierno, último término de todas las decadencias; y que no se puede igualmente se-